

## LIBRO VIGÉSIMO TERCERO

### AUSTERLITZ

Efecto que las noticias del ejército producen. - Crisis pecuniaria. - Suspende sus pagos la Caja de consolidación de España, y pone en grandes apuros á la compañía de *Negociantes reunidos*. - El Banco de Francia socorre á esa compañía. - Emisión demasiado considerable de billetes del Banco y suspensión de pagos. - Quiebras numerosas. - El público se alarma, pero confía en Napoleón, y espera que con algún hecho brillante ha de restablecer el crédito y la paz. - Continuación de los sucesos de la guerra. - Estado de los negocios en Prusia. - La pretendida violación del territorio de Anspach viene á ser un pretexto á que se acoge el partido de la guerra. - Se aprovecha de él Alejandro y se traslada á Berlín. - Logra que la Prusia contraiga compromisos eventuales con la coalición. - Tratado de Potsdam. - Sale Mr. de Haugwitz para el cuartel general francés. - Atrevida resolución de Napoleón ante los riesgos que le amenazan. - Apresura su marcha contra Viena. - Batalla de Caldiero en Italia. - Marcha del grande ejército por el Danubio. - Paso del Inn, del Traun y del Ens. - Napoleón en Lintz. - Movimiento que pueden ejecutar los archiduques Carlos y Juan para atajar la marcha de Napoleón. - Precauciones que éste toma al arrimarse á Viena. - Distribuye sus divisiones en las dos riberas del Danubio y en los Alpes. - Los rusos pasan el Danubio en Krems. - Peligros del cuerpo de Mortier. - Combate de Dinstein. - Otro de Davout en Mariazelle. - Entrada en Viena. - Los puentes del Danubio tomados por sorpresa. - Quiere Napoleón aprovechar esa coyuntura para cortar la retirada al general Kutusof. - Murat y Lannes avanzan á Hollabrunn. - Murat se deja engañar con una propuesta de armisticio y da tiempo para que el ejército ruso se salve. - Napoleón reprueba el armisticio. - Batalla sangrienta en Hollabrunn. - Llega el ejército francés á Brunn. - Excelentes disposiciones de Napoleón para la ocupación de Viena, estar á cubierto de cuanto los archiduques quisieran hacer por los Alpes y la Hungría y resistir á los rusos de la parte de Moravia. - Ney ocupa el Tirol y Augereau la Suabia. - Las divisiones de Jellachich y de Rohán prisioneras. - Pasa Napoleón á Brunn. - Se trata de negociar. - Orgullo descabellado del estado mayor ruso. - Nueva camarilla formada en torno de Alejandro, y le inspira la imprudente resolución de presentar la batalla. - Napoleón toma de antemano sus posiciones. - Batalla de Austerlitz en 2 de diciembre. - Derrota del ejército austro-ruso. - El emperador de Austria en el vivaque de Napoleón. - Armisticio otorgado bajo la promesa de una paz inmediata. - Principio de la negociación en Brunn. - Condiciones puestas por Napoleón. - Quiere los Estados venecianos para completar el reino de Italia; el Tirol y la Suabia austriaca para agrandar la Baviera y los ducados de Baden y de Wurtemberg. - Alianzas de familia con esas tres casas alemanas. - Resistencia de los plenipotenciarios austriacos. - Napoleón regresa á Viena y tiene una larga conferencia con Mr. de Haugwitz. - Vuelve á sus planes de unión con la Prusia, y la cede el Hannover con tal de aliarse definitivamente con la Francia. - Tratado de Viena con la Prusia. - Mr. de Haugwitz sale para Berlín. - Napoleón desembarazado ya de la Prusia se hace más exigente con el Austria. - Las negociaciones se tratan ya en Presburgo. - Acéptanse las condiciones de la Francia y paz de Presburgo. - Salida de Napoleón para Múnich. - Eugenio de Beauharnais casa con la princesa Augusta de Baviera. - Regreso de Napoleón á París. - Recibimiento triunfal

Grande fué el contento de la Francia en sabiendo las noticias que vinieron del Danubio, así como las llegadas de Cádiz la causaron sentimiento; mas ni aquellas ni éstas la cogieron desprevenida. De los ejércitos de tierra constantemente victoriosos desde el principio de la revolución, era de esperar cuanto se quisiera; pero nada ó muy poco de las escuadras tan desgraciadas como habían sido quince años consecutivos. Verdad es que no se tenían por de grande importe los acontecimientos de la marina, mientras que los que sucedían en el continente eran mirados como decisivos, y máxime viendo ya lejos de nuestras fronteras las hostilidades, la liga desconcertada en su cuna, la duración de la guerra sumamente abreviada, y la paz continental muy inmediata, trayendo consigo la esperanza de la paz marítima. Con todo, al ver que el ejército se internaba más y más en Austria en busca de los rusos, todavía se preveían acontecimientos nuevos y sonados, y aun se les aguardaba con inquietud, templada empero por la confianza que se tenía en los talentos de Napoleón.

De toda esa confianza era menester para que se sostuviese el crédito ya tan profundamente desconsiderado. Dicho queda cuáles fueron los apuros de nuestras rentas. Un déficit debido á la resolución de Napoleón,

que se empeñó en hacer frente á los gastos de la guerra sin contraer empréstitos; los apuros del Tesoro español, que se extendieron al francés por las especulaciones de la compañía de *Negociantes reunidos*; el giro del Tesoro enteramente entregado á esa compañía por culpa de un ministro, hombre de bien, pero engañado: tales eran las causas de semejante situación, concluyendo con acelerar la crisis prevista de antemano. Y un incidente ocurrió á precipitarla.

La corte de Madrid, deudora á la compañía de los *Negociantes reunidos* del subsidio que por ella había pagado, de los cargamentos de granos despachados á diferentes puertos de la península, de los víveres suministrados á las escuadras y á los ejércitos españoles; la corte de Madrid, decimos, viéndose tan apurada, recurrió á una medida desastrosa: en la necesidad de haber de suspender los pagos de la *Caja de consolidación*, especie de banco consagrado al servicio de la deuda pública, ordenó el curso forzoso de los billetes de esa Caja como moneda efectiva (1). Semejante determinación no podía menos de hacer que desapareciera el numera-

(1) Pero sólo para la adquisición de bienes de obras pías y reducción de censos, si mal no nos ayuda la memoria; y en este caso nada tenía la medida de desastrosa.

rio. Mr. Ouvrard, que mientras no recaudase los pesos fuertes de Méjico, según trató con el gobierno de Madrid, no tenía más medio para atender á las necesidades de sus socios sino el metálico que debía salir de la Caja de consolidación, de repente se vió cortado en sus operaciones. A Desprez particularmente se le habían prometido cuatro millones de pesos, y con esa misma promesa fué él al Banco de Francia para que le auxiliara con los fondos necesarios. Vana promesa: á cuenta de las cobranzas que se debían hacer en Méjico, se había negociado un empréstito de diez millones en Holanda, con la casa Hope, no debiendo contar sino con dos cuando más en tiempo hábil. Estas tan sensibles ocurrencias aumentaron sobre manera los apuros de monsieur Desprez, encargado de las operaciones del Tesoro, y de Mr. Vanlerberghe (1), que corría con los suministros de los víveres; apuros que recayeron sobre el Banco mismo. Ya dijimos más atrás la manera con que ellos hacían en el Banco el descuento de su propio papel ó el de las *obligaciones de los recaudadores generales*. El Banco les pagaba el importe de aquellos títulos con billetes, aumentándose así la emisión de un modo inmoderado. Y ese mal pronto habría podido repararse si los pesos prometidos llegaran á tiempo para alzar á una cantidad regular el numerario que el Banco tenía en reserva; pero fué tal la complicación de las cosas, que llegó el Banco á no tener en sus arcas sino un millón y quinientos mil francos contra setenta y dos millones de billetes puestos en circulación y veinte en cuenta corriente; es decir, noventa y dos millones de valores inmediatamente exigibles. Una circunstancia extraña y que se acababa de atravesar vino á hacer más grave aquella situación. Mr. de Marbois, que había puesto toda su confianza en la compañía, le concedió una facultad enteramente excepcional, creyendo que con ella se facilitaba el servicio, no siendo sino causa de un abuso enorme. Como la compañía tuviese en su poder la mayor parte de las *obligaciones de los recaudadores generales*, puesto que ella se las descontaba al gobierno en pago de los diversos suministros con que acudían á todos los extremos del territorio, se encontraba en el caso de usar continuamente de los fondos del Tesoro; y para que fuera mayor la comodidad de Mr. de Marbois tenía ordenado á los *recaudadores generales* que entregasen todo cuanto metálico llegase á sus manos, en cambio del simple recibo de Mr. Desprez. No se descuidó la compañía en usar de esa facultad, y mientras que por una parte recogía en París cuanto dinero podía encontrar cambiando sus *obligaciones de los recaudadores generales* por billetes del Banco, por otra dejaba exhaustas las cajas de los mismos recaudadores, tomando de ellos el metálico destinado al pago de esas mismas obligaciones. Llegaba el término fijo para el cobro de éstas; acudía el Banco á los recaudadores de quienes provenían, y no podían pagarle si no es con recibos de Mr. Desprez. De suerte que para él no había sino cambio de un papel por otro papel; lo cual le llevó á una tan enorme emisión de billetes, dejándole con una insignificante reserva en efectivo. Un empleado infiel fué el que así en-

(1) Murió envenenado á vista de la injusticia con que se le denegó un crédito de más de quince millones, por decisión ministerial confirmada por el consejo de Estado en 25 de septiembre de 1819. (N. del T.)

ganó á Mr. de Marbois, constituyéndose autor principal de condescendencias que produjeron un abuso tan lastimoso.

Semejante situación desconocida del ministro, mal examinada por la compañía, que en su acarreamiento no medía ni la extensión de las operaciones en que se había metido ni la gravedad de los actos consumados por ella misma; esa situación, repetimos, comenzó á manifestarse poco á poco por medio de una escasez metálica universal. El público sobre todo, como llegara á saber cuán escaso de dinero estaba el Banco, á él acudió en masa pidiéndole el cambio de sus billetes; y como á los que tenían perder sus caudales se unieron también otros de malvada intención, se hizo inmediatamente general la crisis.

En apuro de tanta gravedad preciso se hizo ya el confesar lo que hasta entonces se tuvo callado, poniéndose los hechos en una lastimosa evidencia. Mr. Vanlerberghe, á quien no se podía achacar lo que de vituperable resultaba contra la compañía, porque en nada se había mezclado él sino en el trato de los granos, ignorando siempre cuáles fueran los apuros á que le exponían sus asociados, Vanlerberghe, pues, acudió al ministro Marbois declarándole que le era imposible atender á las exigencias del Tesoro juntamente con las del suministro de los víveres, cuando apenas podía continuar el servicio de ese último negocio. Francamente le confesó que su estrechez provenía de los suministros hechos á la España, cuyo importe estaba por pagar; y como Marbois llegara á temer que pudiera verse interrumpido el servicio de los víveres, alentado además por algunas expresiones del emperador que, satisfecho de Mr. Vanlerberghe, había indicado la intención de sostenerle, al instante concedió á ese asentista un socorro de veinte millones cargados como suministros hechos anteriormente á Guerra y Marina, y no pagados todavía por esas administraciones, satisfaciendo á Vanlerberghe en veinte millones de sus empeños personales contratados con motivo del servicio del Tesoro. No bien hubo recibido Vanlerberghe esos fondos cuando volvió demandando otros nuevos. Acosábanle á este asentista una muchedumbre de abastecedores que de ordinario le fiaban; mas como ya no encontraran crédito ellos mismos entre los capitalistas, imposible les era seguir haciendo adelantos, lo que ponía á su principal en la última agonía. Semejantes aclaraciones llenaron de inquietud á Mr. de Marbois; no tardaron en dársele otras aún más graves.

Una diputación del Banco pasó á poner en conocimiento del gobierno su apurada situación. Desprez no enviaba los pesos que tenía prometidos, y sin embargo reclamaba nuevos cambios; igual reclamación hacia el Tesoro, y el Banco no tenía en caja más que dos millones de escudos (2) para responder á noventa y dos millones de valores exigibles. ¿Qué hacer en tal extremo? Desprez declaraba por su parte al ministerio que se le acababan los recursos, sobre todo si el Banco le

(2) Vale cada uno tres francos, lo que por consiguiente hace una suma de seis millones. ¿Pues no se nos acaba de decir que para los noventa y dos millones en papel, el Banco no tenía sino uno y medio en metálico? No cabe atribuir ese aumento de capital á beneficios de ninguna especie, y menos en aquella situación. (N. del T.)

rehusaba su asistencia. Declaraba también que el rechazo de los negocios de la España era el que le metía en tal aprieto; saliendo por consecuencia desgraciadamente palpable para el ministro que Vanlerberghe, fiado en Desprez y Desprez en el Tesoro y en el Banco, todos ellos tenían sobre sí las cargas de la España, cuyas cargas recaían enteras sobre la Francia por las temerarias combinaciones de Mr. Ouvrard.

A lo hecho ya no quedaba remedio, con quejas nada se había de adelantar. Lo que importaba era salir del paso sacando también del atolladero á los mismos que en él se habían metido por imprudencia, porque dejar que perecieran habría sido exponerse á perecer con ellos. Mr. de Marbois se resolvió á sostener en sus puestos á Vanlerberghe y á Desprez, é hizo bien; pero como no le tocaba obrar por sí solo, provocó la reunión de un consejo de gobierno, que se efectuó inmediatamente bajo la presidencia del príncipe José, asistido por su hermano Luis, el archicanciller Cambaceres y todos los ministros. Fueron citados al consejo los empleados superiores de la hacienda, y entre otros el director de la caja de amortización Mr. Mollién; se examinó la situación muy detenida y escrupulosamente; hubo debates largos é inoportunos; importaba venir á una solución, y todo el mundo se estremecía á vista de la inmensa responsabilidad que envolvían estos dos extremos: sostener á los asentistas ó abandonarlos. El archicanciller Cambaceres, que tenía sobrado juicio para comprender las exigencias de la situación y el crédito necesario para lograr que el emperador las aceptase, hizo que triunfara el parecer de socorrer inmediatamente á Mr. Vanlerberghe desde luego con diez millones, y con otros diez más en cuanto se recibiese una respuesta aprobatoria del cuartel general. Por lo que toca á Desprez se dijo que al Banco le pertenecía la solución de sus pretensiones, siendo el solo que podía favorecerle siempre que quisiera continuarle sus cambios; pero se discutieron los medios que ese establecimiento proponía para hacer frente á sus apuros pecuniarios y mantener el crédito de sus billetes, sin lo cual tendría que sucumbir. Nadie fué de parecer que se obligara el curso de esos billetes como si fuera moneda efectiva, lo primero por la imposibilidad de restablecer en Francia un papel moneda, y lo segundo porque en manera ninguna consentiría Napoleón medida semejante; pero se tomaron ciertas disposiciones capaces de retardar el reembolso, y por consiguiente, de retener más tiempo los fondos. El ministro del Tesoro y el prefecto de policía quedaron encargados de regularizar los pormenores de esas medidas, entendiéndose al efecto con el Banco.

Mr. de Marbois tuvo disputas muy acaloradas con el consejo del Banco. Quejábale del mal giro que había dado á sus fondos, y era en verdad injusto porque los apuros del Banco sólo procedían del desconcierto del Tesoro. Los títulos que el Banco conservaba en su caja eran excelentes, y su verdadero y efectivo recurso estaba por entonces en que se le fueran pagando regularmente á su vencimiento. Aún había disminuído el cambio á los particulares mucho más de lo que cabía en proporción ordinaria, no consistiendo la desproporción de su papel sino en el recibido de Mr. Desprez y en *obligaciones de los recaudadores generales*, que no

rendían un solo maravedí; así, pues, del gobierno y solamente del gobierno provenían sus quebrantos. Mas como los banqueros directores de aquel establecimiento eran en general hombres muy adictos al emperador, en cuya persona, si acaso, no quisieron estimar lo de guerrero lleno de gloria, veían por lo menos al restaurador del orden, se dejaban tratar por los encargados del poder con una severidad que no sufriera hoy día la más despreciable compañía de especuladores. Como quiera, patriotismo más bien que servilismo probaron aquellos hombres. En su entender nada tan santo ni tan patriótico como sostener al gobierno del emperador, del hombre que había salvado á la Francia de la anarquía. Por lo mismo no se dieron por sentidos á las convenciones, antes con una abnegación digna de ejemplo en iguales circunstancias, todos optaron por que se atendiese con preferencia á las necesidades del Tesoro.

Mr. de Marbois despachó en posta dos oficiales de secretaría para que inmediatamente recorrieran los departamentos más inmediatos á la capital, ordenando á los tesoreros la remesa instantánea de cuantos fondos tuviesen en caja, sin reservar más que los puramente necesarios para las obligaciones corrientes de rentas, sueldos y demás subvenciones de los empleados, poniendo lo restante en el Banco. En cinco ó seis millones se calculaba el rendimiento metálico de esa medida. Igual orden se comunicó á los recaudadores generales, reclamando de ellos cuantas sumas tuvieran desde las últimas entregas hechas á Mr. Desprez. Iban también encargados aquellos oficiales de indagar si por ventura algunos de esos empleados de la Hacienda usaban de los fondos del Tesoro, negociándolos en su interés particular; y á esos medios empleados para recoger el numerario se siguieron otros dirigidos á impedir su salida. Como los billetes comenzaban á perder su valor, todo el mundo acudía al Banco reclamando el cambio en metálico; consecuencia forzosa, aunque el agio y la malevolencia no salieran apadrinándola, de que corriese el billete con la pérdida de uno ó dos por ciento. Se le ordenó al Banco que no había de reembolsar cada día sino hasta en cantidad de quinientos á seiscientos mil francos de sus billetes, ni de más había menester mientras conservó la confianza pública. Otra de las precauciones fué que se había de contar el dinero, á fin de hacer más lento el despacho en los pagos; formalidad de que desde luego le habrían dispensado los tenedores de sus billetes, porque ninguno de ellos temía que el Banco le había de engañar entregándole un duro menos en un saco de mil francos; pero no obstante, convenía la ceremonia del contar. Se resolvió además que á cada individuo no se le había de pagar al contado sino un solo billete, y que cada cual tendría su turno; y como cada día fuera en aumento la afluencia de los que demandaban el reembolso de su dinero, hubo que recurrir á otro arbitrio, esto es, á la distribución de números para presentarse al cambio hasta concurrencia de los quinientos ó seiscientos mil francos que diariamente se habían de satisfacer en cambio de otros tantos en billetes. Esos números fueron puestos en manos de los ayuntamientos de París, siendo ellos los que los distribuían á los individuos notoriamente extraños al comercio del metálico y que sólo pedían el reembolso para atender á necesidades verdaderas.

Con semejantes medidas desapareció la confusión material de las oficinas del Banco; se redujo la salida del numerario al remedio de las necesidades más urgentes de la población; y el agio, que tanto pugnaba para arrancar de aquel establecimiento hasta la última peseta, á fin de pasársela después al público á un seis ó siete por ciento, quedó burlado en sus manejos. Con todo, eso no era sino una suspensión de pagos convertida disimuladamente en dilatorias, por desgracia inevitables. No es de vituperar esa medida en tales circunstancias, no: lo digno de vituperio no es sino el proceder anterior que la provocó.

La misión de los oficiales de la secretaría apenas produjo un ingreso de dos millones. Los vencimientos diarios de las letras del comercio traían billetes en abundancia, numerario muy poco, porque los mercaderes no pagaban en efectivo como no fuera de quinientos francos abajo; fué, pues, preciso al Banco resolverse á comprar en Holanda pesos fuertes sin reparar en el precio, entrando así á la parte por sí mismo en los sacrificios de la crisis. Y en breve se vencieran los apuros, merced á ese conjunto de medios, si de repente no saliera Mr. Desprez exponiendo graves necesidades y demandando con qué socorrerlas.

Ese banquero que la compañía tenía encargado de facilitar al Tesoro los fondos necesarios á su servicio, negociando las *obligaciones de los recaudadores generales*, los *bonos á vista*, etc., se había comprometido á convertir dicho papel en metálico mediante un medio por ciento de interés mensual, ó sea seis por ciento al año. Los capitalistas llegaron á no querer tomárselo sino á uno por ciento al mes, esto es, á doce por ciento al año, lo cual le exponía á pérdidas ruinosas. Un medio le pareció encontrar para evitar semejantes pérdidas, y fué que los prestamistas, en lugar de tomarle las *obligaciones*, los *bonos*, etc., guardasen esos valores en prenda de los efectivos que pudieran prestarle; pero no tardaron los especuladores en rehusar tal género de operaciones, porque apeteciendo valerse de las circunstancias, lo que ellos querían era obligarle al cambio definitivo de aquellos títulos del Tesoro, recogidos por un precio vil. «Los apuros de la plaza, decía Mr. de Marbois, escribiendo al emperador, sirven de pretexto á muchos para portarse con los *Negociantes reunidos* como unos corsarios; y yo mismo conozco soberbios patriotas que se han hecho devolver por el agente del Tesoro un millón doscientos mil y un millón cuatrocientos mil francos, para utilizar con más ventaja su dinero.» (Carta del 28 de septiembre, archivo del ministerio de Estado.)

Mr. Desprez, que ya había recibido catorce millones del Banco, todavía pretendía que ese establecimiento le diese inmediatamente otros treinta más, y setenta en el mes de brumario; es decir, que necesitaba una suma de cien millones. Cuando el Banco conoció tal situación, todo fué aspavientos y quejas por parte de los hombres que no se sentían dispuestos á cargar con los reverses de un gobierno fuera el que quisiera. ¿Quién es ese Mr. Desprez, se preguntaban unos á otros, y cuáles son sus títulos para venir reclamando tan enormes sacrificios? No sabía el comercio que fuese uno de los socios de la compañía de asentistas contratados para servir á la España y á la Francia á la vez; pero aun des-

conociendo esta circunstancia, lo que querían era que el ministro le presentase como agente del Tesoro para tener esa garantía más. Cuando el ministro lo supo, al instante escribió al presidente de la regencia diciéndole que Desprez no obraba sino en interés del Tesoro; mas como por una distracción de Mr. de Marbois viniera la carta sin su firma, fué preciso reclamarla. Al instante la puso el ministro, y entonces ya le pareció á todo el mundo encontrarse en presencia del mismo emperador, el fundador del Banco, el redentor y soberano señor de la Francia, que pedía no se llevara su gobierno al precipicio, rehusándole recursos de tanta y tan urgente necesidad.

Triunfó, pues, la voz del patriotismo, merced sobre todo á Mr. de Perregaux, célebre banquero, cuya influencia siempre se ejercía en beneficio del Estado. Se determinó dar á Mr. Desprez cuantos recursos fuesen necesarios; que los títulos que servían de prenda para los préstamos, no queriendo darlos á vil precio por evitar una pérdida inmensa, se negociarían, de cualquier modo que fuese, ya pertenecieran á Desprez, ya al Banco; que él (Perregaux) tomaba por su cuenta semejante operación, como más capaz que los demás para realizarla; que la compañía y el Banco soportarían las pérdidas resultantes por partes iguales; que se comprarían metales en Hamburgo y en Amsterdam por cuenta común, y que se encargaría formalmente á Mr. Desprez no renovase en adelante nuevos compromisos, á fin de que se lograra salir de una vez de tan peligrosa situación; quedóse por último en que en los cambios de las letras del comercio procedería el Banco con suma moderación, consagrando todos sus fondos existentes para auxilio del Tesoro y no emitiendo billetes sino con el propio fin. El reembolso diario de las letras de comercio había hecho ingresar una cantidad considerable de billetes, y en un principio propósito hubo de invalidarlos, mas pronto fué menester ponerlos en circulación para atender á las necesidades de Mr. Desprez, y la emisión fué mucho más notable que la hecha en primer lugar, pues subió hasta ochenta millones sin contar los veinte de cuentas corrientes. Pero las compras extraordinarias de pesos fuertes y la negociación en efectivo de las *Obligaciones* procuraron los quinientos ó seiscientos mil francos que diariamente eran indispensables para responder á las reclamaciones del público, quedando con la satisfacción de haber atravesado aquella crisis sin que el servicio padeciera y sin que quebraran los que le tenían contratado, en cuya quiebra iba envuelta la del mismo Tesoro.

Mas no por eso se evitaron las quiebras de los particulares, antes comenzaron á sucederse con tal rapidez, que de mucho acrecentaron el ansia general. Indecible cuán lastimosa impresión produjo la quiebra de Mr. Reclamier, banquero de una probidad tan notoria, con una casa de tantos negocios, con una vida de tanto boato (1)

(1) Su esposa Adelaida Bernard, la heroína, la deidad, la virtud de aquel tiempo, á cuyos pies se arrojaban los más ilustres personajes, fué la amiga de Mme. de Stael. Tanto como á ésta llegó á temerla Napoleón, y no paró hasta desterrarla, no obstante verla ya en una quiebra que arrastró con todo cuanto poseía. El mismo Fouché, que preveía el rigor con que iba á tratarla el emperador, fué á decirle que si continuaba en frecuentar la amistad de Mme. de Stael yendo á visitarla á Coppet, ni podría entrar en ese punto ni volver á París. He aquí cuál fué su respuesta. «¿Qué

y que acababa de arruinarse víctima, no de un giro desacertado en sus negocios, sino más bien de las circunstancias, bien que no hayan faltado hombres mal intencionados que lo atribuyeran á manejos con el Tesoro que no existieron jamás. Otras muchas casas quebraron al instante, así en París como en las provincias, aunque no fueron quiebras de tanta consideración como la de Mr. Recamier; pero como quiera, bastaron para difundir una especie de terror general. A dar con un gobierno menos fuerte, menos poderoso que lo era el de Napoleón, graves habrían sido las consecuencias de semejante crisis; pero el público confiaba en la estrella, en el poder de aquel genio; nadie recelaba que llegara á turbarse el orden; todo el mundo contaba en que no tardaría en sobrevenir algún acontecimiento grandioso que restableciera el crédito; y esa especie detestable de especuladores que tanto empeoran las situaciones basando todos sus cálculos sobre la desconsideración de los valores, ni aún se atrevía á empeñarse en el juego á la baja, temiendo los triunfos de Napoleón.

El público no pierde un instante de vista las márgenes del Danubio, en las cuales se va á decidir la suerte de la Europa. Allí está el teatro donde han de desenlarse los sucesos capaces de cerrar de una vez esa crisis de la Hacienda y de la política; y entera es la fe que en esos sucesos se pone, sobre todo habiendo visto prisionero de guerra á todo un ejército sin haber quemado un cartucho, sólo por la habilidad de una maniobra. Con todo, hubo en esa maniobra un incidente que acababa de suscitar una complicación harto sensible con la Prusia, y de temer era que fuésemos á vernos con un enemigo más. La división del mariscal Bernadotte había violado el territorio prusiano atravesando la provincia de Anspach.

Cuando Napoleón dirigió el movimiento de sus tropas por el flanco del ejército austriaco, ni siquiera quiso suponer el más mínimo inconveniente en atravesar las provincias que la Prusia tenía en Franconia. En efecto, el tratado de neutralidad que la Prusia había acabado en la última guerra con las potencias beligerantes, no hablaba de las provincias de Anspach y de Bareuth, sino del Norte de la Alemania. Había una razón muy sencilla para ello. Siendo esas provincias el paso obligado é indispensable para los ejércitos franceses y austriacos, casi imposible fuera el cerrarsele; y hubiérase podido exigir cuando más, que no viniesen á ser ellas el teatro de las hostilidades, sino que se les atravesase con cuanta celeridad fuera posible, pagando al contado cuanto en el tránsito se consumiese. Si otra cosa quiso entender entonces la Prusia, hubiera debido decirlo. Por otra parte, puesto que acababa de abrir nuevas negociaciones de alianza con la Francia; puesto que con ese fin había oído y aun aceptado el ofrecimiento del Hannover, no le tocaba modificar las antiguas bases de su neutralidad, haciéndolas mucho más severas para la Francia que en 1796. Semejante porte no hubiera sido concebible, y buen cuidado tuvo ella de guardar sobre este punto un silencio que la delicadeza no per-

le importa al emperador, al soberano señor del mundo, que yo habite en París ó Coppet?.. Que los héroes tengan la flaqueza de amar á una mujer, no fuera ya cosa nueva; pero ir á temerla, á él sólo le podía estar reservado.» Y en aquel mismo día salió de París para Coppet. (N. del T.)

mitía quebrantar, sobre todo para haber de decir que cuando se trataba de alianza, era justamente cuando quería ser con nosotros menos condescendiente que lo había sido mientras nos mostró un extremo desvío. Como quiera, Napoleón, apoyándose en aquel antiguo tratado y en una apariencia de intimidad que él debió tener por sincera, no quiso ver una violación del territorio prusiano atravesando la provincia de Anspach. Pruébese su buena fe en este punto con decir que no le hubiera sido difícil apartarse del paso de aquella provincia; con estrechar un poco más la línea de sus columnas, fácilmente se habría excusado el suelo de la Prusia, y sin por ello perder ninguna de las probabilidades de acorralar al general Mack.

Pero Napoleón por una parte y Alejandro por otra hacían la situación de la Prusia cada día más espinosa. El primero la convidaba con su alianza y en premio de ella con el Hannover. El segundo le reclamaba paso por la Silesia para uno de sus ejércitos, insinuándole al mismo tiempo que de buenas ó de malas preciso era el que se uniera á la liga. De suerte que Federico Guillermo estaba con todo eso en una agitación extraordinaria. Ese príncipe que había escuchado ora el grito de la codicia natural al poder prusiano que le inclinaba hacia Napoleón, ora los consejos de la camarilla que le quería arrastrar á la coalición, con todo el mundo se había comprometido, colocándose así en posición tan embarazosa que no creyó poder salir de ella sino declarándose en guerra con la Rusia ó ya con la Francia. Indecible es cuál fuera entonces su exasperación; maldecía de todo el mundo y se maldecía á sí mismo, porque le horrorizaba la idea de tener que hacer la guerra. Sin embargo, sintió tal indignación al verse amenazado por la Rusia, que incontinenti ordenó la formación de un ejército de ochenta mil hombres en pie de guerra, y en eso se estaba cuando llegó á Berlín la noticia de la supuesta violación del territorio prusiano, violación que sintió el rey en extremo por lo mucho que rebajaba la fuerza de sus argumentos contra las exigencias de Alejandro. Ciertamente es que para abrir la provincia de Anspach á los franceses existían razones que no podían alegar los rusos para que se les abriese la Silesia; mas en los momentos de efervescencia no son los razonamientos los que imperan, y en cuanto se supo en Berlín que los franceses habían atravesado el territorio de Anspach, la corte comenzó á clamar contra Napoleón, diciendo que había insultado indignamente á la Prusia; que la trataba como estaba acostumbrado á tratar á Nápoles ó á Baden; que ese insulto no se podía tolerar sin cubrirse de oprobio; que por fin y postre, si no se quería romper con ese hombre, necesario sería romper con Alejandro, príncipe que de ningún modo consentiría preferencia en viendo que se le negaba aquello mismo que se le había concedido á su adversario; y en una palabra, que en la alternativa de haber de pronunciarse, sería muy chocante, muy ajeno de los principios del rey el ponerse de parte de los opresores de la Europa y contra los que la defendían. Otros muy distintos, se añadía, otros muy distintos sentimientos habían sido los de Federico Guillermo, ya en Memel, ya más adelante, en conferencias confidenciales con su joven amigo Alejandro.

Eso es lo que se decía sin rebozo en Berlín, en Pots-

dam, y sobre todo entre la familia real, esclava de una reina apasionada, hermosa y turbulenta.

Aunque mucho le disgustara á Federico Guillermo la violación del territorio de Anspach, que había dado por tierra con los mejores argumentos que él podía oponer á las exigencias de la Rusia, su porte en esta ocasión fué el que de ordinario observan las gentes solapadas por debilidad, esto es, apelar á la ira y fingirse doblemente más irritado de lo que en realidad lo estaba. Así su conducta para con los dos representantes de la Francia fué soberanamente ridícula, pues no sólo se negó á recibirlos, sino que hasta Mr. de Hardenberg no quiso admitirlos en su secretaría para oír sus descargos. Con no poco asombro vieron MM. de Laforest y Duroc esa especie de entredicho que los ponía incomunicados hasta con el secretario particular del ministro, Mr. Lombard, por cuyo conducto pasaban las confidencias siempre que era cuestión ya del Hannover, ya de indemnizaciones alemanas.

Los agentes secretos, que por lo común son empleados, todos ellos declararon que al ver el encono del rey contra los franceses, ni aliento sentían para verse con ninguno de ellos. Lo cierto es que el enojo no era sino estudiado. Se quería salir de compromisos; se deseaba poder decir á la Francia: «quedan rotos todos cuantos contigo hemos pactado.» Esos compromisos tantas veces renovados, los substitutos, por decirlo así, de tantos proyectos de alianza nunca realizados, consistían en la promesa formal de que jamás se abriría el territorio prusiano para una agresión contra la Francia, y que ni aun el mismo Hannover sería invadido. Como los franceses habían atravesado el territorio prusiano sin otro permiso que su querer, preciso era concluir diciéndoles que ellos mismos habían devuelto el derecho de poder abrir aquel territorio á quien se quisiera; salida soberanamente cómoda para salvar las mil dificultades en que uno se ha metido. Por consiguiente fué resuelto que la Prusia, con vista de la violación de su suelo, se declararía descartada de todo género de compromisos y otorgaría paso á los rusos por la Silesia, en desquite del que los franceses se habían tomado por Anspach. Y no se pensó solamente en salir del atolladero, sino que se quiso que la salida rindiese un beneficio. Así la determinación fué apoderarse del Hannover, donde no había más que seis mil franceses guardando la ciudadela de Hameln, y se había de dorar la invasión con un pretexto especioso, el de precaverse contra nuevas violaciones del territorio; porque estando ya en marcha con el Hannover un ejército anglo ruso, y ocupando este país, se impedía que el teatro de las hostilidades fuese transportado á las provincias prusianas, siendo aquél su centro verdadero.

El rey convocó un consejo extraordinario, al cual asistieron el duque de Brunswick, el mariscal de Mollendorf y Mr. de Haugwitz, que ya estaba retirado de los negocios, y la gravedad de las circunstancias hubieron de reclamar su dictamen. En ese consejo se determinaron los puntos que acabamos de relatar, aunque se mantuvieron varios días cubiertos con el velo del misterio, con ánimo de intimidar más y más á los representantes de la Francia, con todo de saber que ni ellos ni su amo eran hombres para ahogarse en poca agua; sólo que pensaron que teniendo ya Napoleón

contra sí tantos enemigos, el temor de ver á la Prusia en el número de ellos, para formar una liga tan universal como la de 1792, no dejaría de darle en qué pensar.

Entretanto, vanos eran los esfuerzos de Laforest y de Duroc por lograr una conferencia con Mr. de Hardenberg. Concedióseles por fin, y les recibió el ministro con ese entono postizo de un hombre que se violenta para reprimir su indignación, no entrando con ellos en otras explicaciones más que en quejas y más quejas, y la cabo de ellas la declaración de que la Prusia se declaraba libre de todo compromiso, y que obraría conforme lo exigiera el interés de su propia seguridad. Puso después en conocimiento de los dos representantes franceses la resolución de abrir la Silesia á los rusos y de ocupar el Hannover con un ejército prusiano, bajo pretexto de impedir que el fuego de la guerra penetrase en el centro del reino. Eso valía tanto como decir que por muy dichosa se podía contar la Francia saliendo de aquel paso tan á poca costa.

Semejante porte era indigno de la probidad del rey y del poder de la Prusia. Sin embargo, tras ese primer desahogo ya cambiaron de aspecto las formas, y no sólo porque la moderación entrara por mucho en el plan de la Prusia, sino porque los prodigiosos triunfos de Napoleón eran en todas las cortes objeto de serias reflexiones.

Todas estas cosas de Berlín se sabían en Pulawi con una prontitud pasmosa. Alejandro, que quería verse con Federico Guillermo aun antes que la Francia hubiese dado á la Prusia los motivos de queja que le acababa de dar, debió desear ahora aquella entrevista con mayo empeño. Contó con que había de hallar á ese príncipe dispuesto á todo cuanto de él se exigiera, y por tanto, lejos de pensar en atraerle á un punto medio para compartir la distancia que los separaba, se decidió á correrla toda entera, trasladándose inmediatamente á Berlín.

Cuando Federico Guillermo llegó á saber la venida del zar, ya le pesó el haber dado semejante campanada, causa de una visita, ya que lisonjera, de no poco compromiso. Comenzaba Napoleón sus guerras tan atropellada y resueltamente, que le quedaban al rey muy pocas ganas de entenderse con sus enemigos; pero ¿cómo excusarse á los rendimientos de un príncipe por el cual se decía sentir un cariño verdaderamente tierno? Fué, pues, necesario dar las competentes órdenes para que se le recibiera con la pompa conveniente. En efecto, Alejandro entró en la capital de Prusia el 25 de octubre, entre el estruendo del cañón y por medio de las filas de la guardia real de Prusia. Salíó á recibirle el joven rey, estrechándole en sus brazos, mientras que le saludaba con ruidosas aclamaciones la población de Berlín, antes partidaria de los franceses y ahora comenzando á ponerse de parte de la corte á fuerza de oírle decir que si Napoleón había violado el territorio de Anspach, sólo lo había hecho para que se supiera el desprecio con que miraba á la Prusia. Alejandro ya iba por su parte dispuesto á vender en esta ocasión toda suerte de lisonjas para atraer á su causa la corte prusiana, y comenzó su conquista por la de la hermosa reina de Prusia, que no era la más difícil, porque como descendiente de la casa de Mecklemburgo, alimentaba en su alma el odio que la nobleza alemana tenía á la re-